

Escribir para entenderse

Esperanza YLLÁN CALDERÓN

El nombre y la vida de Constanca de la Mora (Madrid, 1906-Guatemala, 1950) han permanecido en ese desván de la historia donde, a veces, descubrimos pequeños o grandes tesoros ocultos en no se sabe qué estratos del tiempo y el olvido. En momentos como el actual de indudable auge de la edición española y junto a fenómenos inquietantes como la voracidad comercial de los grandes grupos, no faltan otros que invitan al optimismo y la bienvenida. La nueva editorial Gadir ha rescatado títulos de autores contemporáneos casi olvidados y ha incorporado a su recién estrenado catálogo las emocionantes memorias de Constanca de la Mora, *Doble Esplendor* (Madrid, 2004), un libro de ajetreada vida como lo fue también la de su autora.

La primera edición escrita en inglés se publicó en Nueva York en 1939 (*In Place of Splendor: Autobiography of a Spanish Woman*) y fue acogida favorablemente por la crítica, traducida a varios idiomas y reimpressa a los cuatro meses. En 1944 la editorial Atlante de México publicó la edición en castellano. Después de transcurridos más de treinta años, el libro fue editado en España por Grijalbo (Crítica) en 1977, aunque la publicación pasó entonces casi inadvertida. Tal vez no eran momentos aquellos para dar publicidad a la exaltación de los ideales republicanos por una nieta de D. Antonio Maura. La esmerada edición actual, ilustrada con fotografías familiares, viene ahora precedida por un breve prólogo de Jorge Semprún, primo hermano de la autora, cuya intencionalidad parece responder a la trayectoria decepcionada o decepcionante del que fuera en otros tiempos el dirigente comunista *Federico Sánchez*.

Por tradición familiar, Constanca de la Mora recibió una educación exquisita y católica propia de la alta burguesía, con ese distanciamiento aristocrático que proporciona un mundo propio, incontaminado de lo plebeyo: *En Madrid era cosa nunca vista que las personas de «buena familia» salieran a pie por la calle con sus hijas. Me acuerdo perfectamente de la mañana en que llegué a Fuenterrabía. Mi tía entró en la cocina para prepararnos unos bocadillos de sobrasada que su hija Susana y yo queríamos llevar a una excursión en bicicleta. Hasta entonces, yo había creído que las cocineras y demás personas que sabían preparar bocadillos constituían una raza distinta de la de mi madre y sus amigas.* Su infancia en la España tradicional (1906-1923) narrada en el primer capítulo, estuvo siempre al cuidado de institutrices irlandesas de quienes recibió el apelativo de *Connie*; rodeada de doncellas atentas que le ayudaban a vestirse; de temporadas campestres en magníficas posesiones ancestrales, carreras de caballos, veraneos en Zaráuz y estancias en Inglaterra y colegios de élite para señoritas de su clase: *Teníamos que ser «buenas» y caritativas con las niñas pobres, pero no tenía que ocurrírse nos jugar con ellas.* Más tarde, para ocupar sus «ocios» y mientras la

familia iba preparando su «puesta de largo», la joven Connie tendría que ocuparse de otras tareas caritativas de mayor responsabilidad: reuniones de cofradías, visitar los Sagrarios donados por su madre y socorrer a los pobres y desvalidos. Pero su primera experiencia fue de lo más desafortunada y las que siguieron lo serían todavía más hasta provocarle una vergüenza infinita el trasfondo caciquil que las impulsaba: *Imposible no darse cuenta de lo que la Iglesia significa para los ricos: un arma en contra de los pobres.*

Con una memoria que ordena a sabiendas y excluye con juicio, Constanca de la Mora nos brinda su biografía que resulta ser una trayectoria proteica y luminosa hasta tomar conciencia de sí, para sí y para los demás. A lo largo de sus páginas cualquier lector puede acompañarla en su proceso de autoexplicación y auto-descubrimiento y comprender ese *doble esplendor*, personal y colectivo, que generó la República: *Llegué a Madrid, en marzo de 1931, para empezar una nueva vida, y me di cuenta de que España entera se disponía a hacer algo muy parecido. Fue para mí un verdadero descubrimiento: porque a los veinticinco años no sabía casi nada de la historia contemporánea de mi patria. Esto puede parecer extraño y, sin embargo, mi caso no era nada excepcional; en la misma situación que yo se encontraba la mayoría de las mujeres españolas. Había vivido allí donde se cocinaba la política española de la Monarquía hasta la llegada de la Dictadura, y sin embargo, jamás se hablaba de política en la mesa en casa de mis padres. Había besado la mano de don Antonio Maura todos los días hasta su muerte, y nunca le había oído decir una palabra de las cosas del gobierno.*

Nuestra cultura confía en la naturaleza terapéutica de la memoria que, junto al entendimiento y la voluntad, constituyen las potencias del alma. Constanca de la Mora escribe para entender aquella Historia ignorada, para entenderse ella misma y descubrir su propio «yo» en la experiencia de la escritura. Es la infancia recordada de clase privilegiada y ociosa, cuidada por «otros», donde comenzó a sentir los primeros síntomas de rebelión contra un destino prefijado. A medida que avanza en su escritura va surgiendo una mujer nueva que se va gestando y tejiendo al hilo de los acontecimientos: la que percibe una realidad de flagrantes desigualdades sociales, de campesinos ignorantes tratados como siervos, de oligarquías aplastantes y poderes corruptos y la que espera ansiosa un cambio democrático que anunciaba la República: *Yo no tenía ninguna teoría política, pero sí, bastante desarrollado, un elemental sentido de la justicia. Me acordaba del pan dulce y de la onza de chocolate que se utilizaban en el colegio para enseñarnos a ser caritativas; de mis «obras de caridad», cuando buscaba algo que me entretuviese antes de mi matrimonio; del pueblo donde mi madre había regalado un altar nuevo, mientras los niños morían por falta de médico; y, sobre todo, me acordaba de la vida de los campesinos de La Mata.*

Después de dar los primeros pasos hacia su independencia, con un matrimonio fracasado y un poder notarial que le aseguraba la tutela de su pequeña hija, Constanca de la Mora se disponía a empezar una nueva vida: *Bien pronto corrió la voz por el Madrid que me conocía de que yo «estaba hecha una terrible republicana»... A los quince días no me quedaba un solo amigo de mi infancia y juventud. Pero había adquirido un tesoro desconocido para mí hasta entonces:*

aprendí a pensar, ¡y el que la mujer se permitiese el lujo de «tener ideas» y discursarse era precisamente lo que tanto preocupaba a aquellos entre quienes yo había vivido toda la vida! A partir de aquel momento, la nieta de Don Antonio Maura iniciaba su salida de la minoría de edad haciendo suyo el lema de las Luces: *sapere aude*, atrévete a pensar por ti misma, un lema que le impulsaría después a contar lo que sabía.

Su ruptura con el pasado marcará pues un «antes» y un «después» en una biografía narrada con la sabiduría y el coraje de quien ha vivido la frustración de unos ideales, a los que no renuncia, y por los que había luchado hasta la extenuación. En este nuevo itinerario se divorció de su primer marido, Luis Bolín, un ocioso e insípido burgués malagueño, para casarse poco después con Ignacio Hidalgo de Cisneros, un comunista leal a la República y que más tarde sería general-jefe de la Aviación republicana. Después de un paréntesis diplomático, cuando su marido fue destinado a la embajada española en Roma como agregado aeronáutico, ambos regresaron a Madrid, donde les sorprendería la sublevación militar de julio de 1936. Pero aquella experiencia en Roma estuvo lejos de ser reconfortante y muy pronto pudieron advertir que la embajada no era precisamente un lugar propio donde se defendieran los intereses de España y su Gobierno: *Muchos de sus representantes en el extranjero se mostraban avergonzados de la República que representaban, cuando no eran francamente traidores.*

En la parte central de estas memorias —*Despertar de España (1931-1936)*— el relato adquiere mayor intensidad narrativa, donde se percibe el desasosiego con que va viviendo los avatares de una República acosada por todas partes y su indignación ante la inanidad de un Gobierno y de tantos padres de la República *que no veían en ella más que una oposición a Alfonso XIII, dando al cambio de régimen una connotación muy diferente de la que le había dado el pueblo.* Su lectura no es desde luego sosegante, pero sí aleccionadora. Para algunos pueden resultar demoledores los juicios y semblanzas con que describe las actuaciones de distinguidos dirigentes políticos. Pero si la clarificación es una interpretación, Constanca de la Mora, —que ya es una mujer «con ideas» y sabe por lo que está luchando— hace la suya propia. Y lo hace desde una conciencia moral que vive las vicisitudes de la República con la suficiente lucidez para advertir aquellas *nubes negras como sotanas que se agolpaban en el horizonte.*

Se ha escrito mucho sobre aquel período crucial de la historia contemporánea de España, donde la guerra civil sigue siendo un inagotable fondo para todas las disciplinas —antiguas y modernas— que tratan de analizar la violencia implícita de una lucha de clases en medio de un fascismo avasallador, la confrontación de ideas y movimientos divergentes, la lucha y el fracaso por hacer compatible la utopía y la realidad. Constanca de la Mora intenta resumir el capítulo de la guerra con un título de resonancias «pasionarias»: *Es preferible ser viudas de héroes que esposas de cobardes.* Un aire de combate, de resistencia numantina y no vencida, recorre las más vibrantes páginas del libro con descripciones detalladas, tangibles y precisas. Tras el estallido de la guerra, su empeño en defender a los más desprotegidos le llevó a organizar un refugio para niños abandonados en la

capital, asediada por las tropas franquistas. Pero más tarde, dada su excelente formación como mujer culta y políglota, su contribución a la causa republicana resultó mucho más útil en la Oficina de Prensa Extranjera, donde prestará sus servicios hasta el final de la contienda. Toda su actividad estuvo volcada desde entonces en un intento desesperado por convencer a la opinión pública internacional de lo que estaba ocurriendo en España, del apoyo militar que los regímenes fascistas de Italia y Alemania otorgaban al general Franco y de la injusticia que cometían las democracias occidentales con su hipócrita política de no—intervención.

Su libro no es una historia escrita desde las alturas de la equidistancia, tan de moda en estos tiempos bobos y de eclecticismos forzados, pero tiene el valor inestimable de estar escrita desde dentro mismo de los acontecimientos que vivió, de sus desquiciados ambientes y perplejidades y desde una posición subjetiva que es también una condición necesaria para escribir una historia verdadera. Junto al placer de su lectura se puede aprender y entender más historia que en muchos de los libros escritos al «académico modo». En teoría, existen como mínimo dos verdades, una factual y otra moral: la verdad de las narraciones que cuentan lo que ocurrió y la de las narraciones que intentan explicar por qué y a causa de quién. Y es en esta última donde la historia y la memoria de Constanca de la Mora adquieren todo su sentido y veracidad.

El 20 de febrero de 1939, tras despedirse de su marido, embarcó hacia Estados Unidos aceptando una invitación, largamente aplazada, del Comité de Ayuda a España. Cataluña ya había caído ante el avance franquista y el Gobierno de Negrín intentaba un último esfuerzo de resistencia desde la zona centro: *¡Era preciso gritarle al mundo que no habíamos desistido de la lucha, que la zona centro de España podía defenderse!* Pero aquella misión no pudo cumplirla porque no hubo ocasión, ni su viaje tendría ya retorno. La Ley de Responsabilidades Políticas, decretada por Franco el 9 de febrero, empezaba su andadura con toda su carga de severidad inmisericorde; pero se quedaría corta ante la realidad de los hechos posteriores. A los pocos días de su llegada a Nueva York, el 5 de marzo, tuvo conocimiento a través de la radio de la sublevación urdida en las propias filas republicano-socialistas contra su Gobierno, *cuya traición causó más víctimas que los treinta y dos meses de lucha*. En aquella vorágine de vida o muerte, de traiciones inauditas y aniquilamientos mutuos, el objetivo de mantener la resistencia contra el fascismo fue defendido a ultranza por los comunistas quienes serán las primeras víctimas del golpe de Casado, instigado por los que desde hacía tiempo querían acabar la guerra cuanto antes y encontrar una salida capitulando ante Franco...

En un Epílogo estremecedor, que pone los pelos de punta al lector más impasible, Constanca de la Mora ponía fin a sus memorias en julio de 1939. Para entonces ya se había consumado la gran derrota del pueblo español y sus secuelas de venganza y terror. *Mientras escribo estas palabras, los piquetes de ejecución siguen inmolando todavía a hombres y mujeres, culpables del solo crimen de desear que su patria sea independiente y libre y salga, por fin, de las tinieblas del feudalismo y del atraso en que había permanecido*. Pero aquella tragedia no

sería suficiente. Muy pronto, dos meses después, las democracias occidentales, tan reacias a prestar ayuda a la República, se verán atacadas por el mismo poder avasallador del que había sido víctima España entera. Hacía ya tiempo que los señores de la guerra venían espoleando a sus caballos por toda Europa: Italia, Hungría, Polonia, Portugal, Yugoslavia, Rumanía, Alemania y Austria habían caído bajo regímenes fascistas o fuertemente antidemocráticos, condenando a sus opositores a la muerte, la cárcel o el exilio. Por eso la resistencia popular en España, frente a un ejército rebelde apoyado desde el principio por las potencias del Eje (y los moros que trajo Franco que en Madrid quieren entrar) fue interpretada como un primer frenazo al efecto dominó del inexorable avance del fascismo. ¿Cómo iba a ser una lucha meramente española? se preguntarían muchos. Entre ellos Albert Einstein, un sabio capaz de discernir las leyes del universo y que desde su exilio americano haría su propia reflexión: «Lo único, dadas las circunstancias que cercan nuestra época, que puede guardar viva en nosotros la esperanza de tiempos mejores, es la lucha heroica del pueblo español por la libertad y la dignidad humana».

Pero no habría piedad. Los *odiamentos* se impusieron a los razonamientos, la paloma de la paz se equivocaba una y otra vez... Será entonces cuando las voces del exilio clamarán por sus desiertos la infamia y la traición —desde fuera y desde dentro— de que había sido víctima aquella «República de trabajadores». *Han transcurrido varios meses desde el final de la guerra, desde que Franco y «sus» italianos penetraron en Madrid. Ahora ya nadie pone en duda lo que nosotros no cesamos de repetir durante dos años y medio, la invasión de España por Hitler y Mussolini, con la connivencia de los gobiernos reaccionarios de Francia e Inglaterra.* Entre los intelectuales, escritores y poetas que sufrieron la hondura de su derrota, será Antonio Machado quien supo expresar sus dudas sobre el resultado final de una batalla heroica: «Para los estrategas, los políticos y los historiadores, está claro: hemos perdido la guerra. Humanamente hablando, yo no estoy seguro. Quizá la hemos ganado».

Constancia de la Mora había escrito sus memorias con el aliento imprescindible de una conciencia moral para contar y transmitir una historia y un destino que no era sólo el suyo, sino el de toda una generación que fue testigo de la más terrible derrota de la razón. Su testimonio trasciende así la anécdota de una trayectoria personal para convertirse en símbolo de miles de mujeres anónimas que conquistaron su libertad durante la República y lucharon por defenderla: todas aquellas que tras la victoria franquista pagarían semejante osadía con la prisión, el exilio o la propia vida. Para todas las demás será la vuelta a las ollas del nacional—catolicismo triunfante. Con inquebrantable esperanza en el futuro de su pueblo y la profunda convicción de haber luchado por una causa justa, la joven Connie, nieta de Don Antonio Maura, ponía fin a sus memorias con un grito de alegato: ¡VIVA LA REPÚBLICA!